

vió el comandante el caballo colorado y la cotona de gamuza de Visoso, que iba ascendiendo una eminencia, alumbrados y recortados por la luz del sol naciente. Más tarde subieron los tres jinetes que le acompañaban. Luego se internó Olivos en los vericuetos de la barranca y siguió el camino que le llevaría á encontrar á su jefe.



## CAPÍTULO VIII

## La promesa de Visoso

**F**OGRO Pancho reunirse con Porfirio en Chalcatongo. Diluviaba; el monte estaba como untado de un jabón deleznable que cedía al paso de las cabalgaduras, y los árboles lloraban lagrimones que se metían por entre la camisa y el pellejo del muchacho causándole la impresión del acero que desgarraba las carnes.

Al llegar Olivos, mandó anunciarle al jefe que allí estaba un viejo subordinado suyo que quería darle un mensaje de persona á quien Porfirio estimaba; y tal cosa hizo que sin tardar recibiera el caudillo al comandante en su alojamiento. El pobre Olivos iba nervioso y sin habla, sudando á ratos y á ratos sintiendo frío de quartana. ¿Qué le diría su jefe? ¿Qué le diría él? ¿Cómo iría á recibirle?



Meditando en esto llegó á la casa en que vivía el caudillo, que era la más capaz y bien acondicionada del pueblo. Porfirio estaba solo, sentado á una mesa con papeles y al parecer abstraído en la lectura de una



carta. Pancho tocó con los nudillos en la hoja entreabierta; pero sin esperar á que se lo ordenaran, entró tambaleándose y como borracho y se dirigió á la ventana que derramaba un chorro de luz sobre el rostro pálido y reflexivo del jefe, que parecía vaciado en bronce florentino.

— Mi general, dijo el comandante echándole los brazos á Porfirio, que se había puesto en pie al oír un rumor en la puerta.

— ¡Olivos! respondió el noble campeón estrechando contra su pecho al que daba por muerto.

Y durante un larguísimo espacio, jefe y subalterno permanecieron unidos, sintiendo cada uno palpar en el pecho del otro un corazón leal y sincero que le pertenecía hasta la muerte.

— Mi general, exclamó de nuevo el chico, llorando á moco y baba. ¡Mi general... pensaba que no le volvía á ver!

— Y yo le hice á usted solemnes funerales en mi alma, dándole por bien muerto y enterrado; respondió Porfirio con emoción.

— ¡Ya puedo morirme; ya gocé la dicha de abrazarle!

— Ahora es cuando no puede morirse, porque más que nunca le necesita la causa.

— ¿La causa?

— Sí, la causa; aquello que parecía banda se convierte á más andar en ejército organizado. Poseemos cañones, fusiles, dinero, aunque poco, y entusiasmo y brío á más no poder... Ya usted verá. Ahora tenemos en jaque al enemigo que ocupa Tlaxiaco y creo que le vamos á dar un disgusto gordo.

— Mi general, yo traigo un mensaje para usted.

— ¿Un mensaje? Pues dígalo usted; pero antes cuénteme sus aventuras.

Refirió Pancho brevemente aquella historia dantesca de sus padecimientos y acabó por decir la embajada de Visoso.

— Sí, hombre, que venga... El pobre ¿qué culpa tiene de las zurras que se ha llevado? Que venga, pero que sea pronto y que no llegue solo. Y ahora, hay que matar el ternero más gordo para celebrar la llegada del hijo pró-



digo... Venga, le presentaré con gentes de valer, comeremos juntos, y cuando descanse, vuelve á dar cuenta de su mensaje.

Efectivamente, aquel día comió el de Olivos á la mesa de su jefe, y conoció al lucido acompañamiento del insigne soldado. Manuel González, Juan de la Luz Enríquez, José Guillermo Carbó, Carlos Pacheco y muchísimos otros oficiales tan distinguidos como aquéllos, fraternizaron con el comandantillo, á quien algunos habían visto en Puebla de soldado raso y de quien todos conocían el amor y la abnegación por su general.

Tres días más permaneció Pancho al lado de Porfirio, y provisto de matalotaje y dinero, salió al cuarto para Puebla, adonde llegó á la sazón que el amigo Visoso estaba aguardándole con impaciencia. Dió Pancho el recado y al otro le pareció de perlas.

— Bien, dijo; nada tengo, mas veré cómo consigo elementos. Empezaré por quitarles á estos bandidos lo que guardan, y ya verá usted cómo ni polvo echan... ¡Que aprendan á tratar á un hombre como yo!

Pancho, que era listillo, comprendió que el ardor republicano de Visoso se había aumentado en tercio y quinto, y no sabiendo cómo atribuirlo á las infamias que le hubieran hecho, se convenció de que no había sino la seguridad de que la causa, la vieja causa á que Visoso había consagrado sus fuerzas, iba de vencida sin reme-

dio. El mismo día tuvo la confirmación de aquella malicia suya, pues mandó recado á los Campardones y á Récal.

La primera visita que recibió Pancho fué la del subteniente Récal, á quien halló tan remozado, brioso y lleno de vigor, que daba gloria verle.

— Ya sabrás la nueva, le dijo con una satisfacción que se le derramaba por la luciente pelliza y le apuntaba por los bigotes engomados y en forma de antenas: ya sabrás la nueva, chico; me caso y concluyo con mis arrestos de galanteador y mis hazañas de mozo... Era tiempo: cincuenta y tres años contantes y sonantes son capaces de desarmar á cualquiera.

— ¿Te casas? ¿Y con quién? preguntó atónito el comandante.

— ¡Asómbrate, perdido! ¡ahórcate, bravo Crillón!... Me caso con Nicole.

— ¿Con Nicole?

— Sí, hombre, con Nicole. ¿Qué tiene eso de extraordinario? ¿Acaso soy tan viejo ó tan feo que cause asombro el que yo me decida á entrar al gremio de los hombres de orden?

— No lo digo por tanto; pero como no sabíamos nada de eso...

— ¡Pues si era cosa vieja! Pues qué, ¿no te figurabas que aquellas enseñanzas mías y aquel apartar á las muchachas



de los lazos de todos los galanes era para dejar mi puesto libre y para hacerte el juego, grandísimo tunante? Pero veo que no me preguntas palabra de Violette ni te das por entendido de su existencia. ¿Acaso tienes otros dares y tomares, picarón?

Pancho, que no aguardaba sino que le hablaran de aquel asunto y que no había preguntado nada temeroso de recibir en pleno rostro cualquier noticia que le desencantara, exclamó fingiendo indiferencia:

— De veras, hombre; ¿qué pasa con Violette? ¿Con quién piensa casarse ó con quién se ha casado?

Récal miró fijamente á Francisco, y luego, con voz de enojo y estirándose las barbas y mirando al sesgo á su amigo, le habló en estos ó semejantes términos:

— Vergüenza me causa, Francisco de mi alma, que discurras tan burda y desatentadamente acerca de un asunto que te debía preocupar de veras. No sólo no ha llegado á faltarte en nada la muchacha, sino que está cada día más prendada de tus pedazos, como si fueras tú algún príncipe real que la llevaras á participar de un trono, en vez de ser un soldadillo tras-humante, que no tiene segunda camisa, ni tierra en qué caerse muerto, ni un centavo para amanecer el día siguiente. Te ama, te ama de amor, no lo dudes, y si tú has contraído por ahí algún compromiso más ó menos ilícito, apresúrate á desatarlo ó márchate por donde viniste,

que con mujeres así no se juega... No se juega, palabra de honor.

Cuando acabó de hablar el zuavo, ya estaba en los brazos de Olivos, que le traía, le llevaba, le palmoteaba, le apabullaba y le llenaba de lágrimas y se le reía en pleno rostro.

— Pero ¿estás chiflado, hombre de Dios? Pues qué, ¿te creías que Violette era una de tantas locuelas que prometen montes y maravillas y que cuando se llega la hora de cumplir le dan esquinazo al más pintado? La conoces poco, Panchito, la conoces poco.

— ¡Bendita sea tu boca, zuavo de mi alma! ¡bendita sea tu voz, Récal de mi corazón! Me has quitado no una sino muchas aflicciones de encima. ¿Conque me quiere, conque no me olvida, conque dice que sigue á mi lado? Pues toma por eso un abrazo y otro y otros más.

— ¡Hombre, por Dios, me vas á poner hecho una desgracia! Ya no me abrases, que eso es para dejar *apolismado* á cualquiera.

— Te he de abrazar ahora y siempre, y tienes que aguantarte que te golpee como si fueras de lana, pues me has dado el gozo más grande de mi vida.

Las Campardonas estaban bellas como nadie lo habría pensado. Nicole era alta, recia de contextura, sobria de carnes, de ojos azules y en la cabeza ostentaba un copete rojo que parecía un penacho de fuego. Faltando en eso



á la práctica de las rubias bermejas, que tienen la tez sucia y apretada de manchitas, Nicole era blanca como la leche y escultural como una bella y bien tallada Pomona.



Violette, sin ser de estatura tan procerosa como su hermana, era de mejores proporciones que ella. Delgada, pálida, rubia, con el pelo color de oro mate y el óvalo del rostro fino y alargado, tenía dos cosas que la daban

carácter: los ojos, que eran serenos, plácidos, tranquilos como agua profunda, y la voz, que tenía modulaciones dulcísimas y armónicas, un timbre especial y acariciador, que penetraban al alma como si fueran flechas enherboladas que dieran en lo más hondo del ser. Tenía además tanta gracia femenina en sus actitudes, en sus gestos, en su manera de accionar, que el alma se quedaba prendida entre aquella red de encantos sin que pudiera escaparse jamás.

El honrado Campardon, que había salido de pobre comprando y revendiendo á los franceses pasturas, caballos, arneses, ropa, vino y cuanto podían necesitar, no era menos amigo de Porfirio que lo había sido antes.

— Ellos, para traficar, para vender, para sacarles dinero; para tenerle cariño y ley, el otro, Porfirio, que me sirvió cuando lo necesitaba. ¿Que son mis paisanos? En buena hora; yo nada haré contra ellos; pero que no me lleguen al chinacate ese, porque entonces no me acuerdo de que hay franceses en el mundo.

Como Campardon estaba en candelero, poco trabajo le costó traer á Pancho por donde le dió la gana, y aun le proporcionó oportunidad de conferenciar de nuevo con Visoso, que estaba más enojado que nunca.

— ¿Conque me recibe? ¿Conque dice que vaya? ¡Pues de mil amores, tasájo! Tasájo, ¿cómo me había de ir solo? Me llevo mi gente, y ya verán qué corajes les pego... Hasta



gusto me da, tasajo, pensar la que les voy á hacer. ¡Se acuerda de mí, tasajo, si para el día de la Virgen de Agosto no les he roto en los hocicos su cochino proceso!...

Referir lo que los felices amantes se dijeron en aquellas entrevistas inolvidables, sería materia de nunca acabar: los juramentos, las promesas, las seguridades de constancia eterna, los dulces reproches, las honestas libertades, el dolerse Violette de no haber sabido las malandanzas de su novio y el haber dudado éste de la fidelidad de la linda muchacha, les ocuparon los tres primeros días de la estancia del oficialillo en Puebla; el cuarto sacó Olivos fuerzas de flaqueza y declaró al benévolo suegro que aquello no podía seguir así, y que tenía determinado casarse con Violette; pero sobre la marcha, sin esperar trámites ni admitir dilaciones.

Campardon se quedó estupefacto.

— ¡Pero, hombre, qué priesa traes! Tuya será, pero permite siquiera que lo pensemos.

— Nada de pensarlo; usted debe de tenerlo bien decidido.

— ¡Decidido! Claro que lo tengo acordado en principio, pero no con este agigolón. ¡No es puñalada de pícaro!

— Pues no tiene remedio.

Y por más que Campardon entró en grandes y sensatas consideraciones tratando de probar (cosa por cierto no muy difícil) que Pancho no tenía edad, ni recursos, ni

asiento, ni nada de lo que se necesita para formar un buen hogar, los falaces argumentos que supo encontrar su intelecto de galán y una lagrimilla que á tiempo derramó Violette, hicieron que el franchute se retirara, diciendo á gritos que hicieran lo que les diera la gana, que él se lavaba las manos.

Y en efecto, se las lavó al presentarse á la hora de la comida; pero antes entregó á Pancho un permiso que firmaba el señor Provisor y Vicario General de la diócesis, autorizando el matrimonio y dispensando vanas, vagos, publicaciones y no sé qué otras cosas, quedando autorizados los sacerdotes del obispado para proceder á la celebración del sacramento.

Campardon, que era juicioso y advertido, pronunció otra discreta homilía demostrando que todo aquello no era más que una locura; pero que al fin valía la pena de arreglar ciertos interesantes preliminares.

— Casarse en Puebla, sería un disparate: aquí ha de sobrar gente que te conozca, y donde se averigüe que tú fuiste quien dió á Chastel aquella horrible puñalada que por poco le cuesta la vida, ni te casas, ni te vuelves al lado de tu jefe, ni nada. Conviene, pues, elegir un lugar en donde seas desconocido, y he pensado en la casa de mi compadre Arcipreste.

— ¿Arcipreste? ¿Es usted compadre del señor Arcipreste?



— Sí, hombre, sí, de Nicanor Arcipreste, el dueño de Tescaltitlán.

— ¿Y dónde es Tescaltitlán?

— A una legua distante de Chiautla, donde vive mi compadre. Vamos allí, Nicanor ya está prevenido; el cura se entera de los recados que le llevo y en un periquete les casa á ustedes.

— ¡Magnífico!

— ¿Y no se podría, preguntó Récal acariciándose la barba tornasol por el roce y comercio continuos con el nitrato de plata; no se podría casarnos á nosotros, á Nicole y á mí, que ya tenemos á punto nuestros papeles y de quien se han corrido ya todas las diligencias y publicatas imaginables?

— Claro que sí, hombre.

— Bien pensado; así, el mismo día quedarán despachadas las dos chicas.

— Al avío.

Y aquella mañana determinaron salir de Puebla bien provistos de matalotaje para el festín, de exhortos y comunicaciones para el cura, de regalillos para el viejo Arcipreste y su familia y de alegría y buen humor que no había más que pedir. Cuando Francisco fué á despedirse de Visoso, el viejo guerrillero le dijo estrechándole las manos:

— Sí que voy al casorio; no más guárdenme mi campito.

— ¿Qué va usted á ir?

— Se lo juro que sí.

— Pues allá le espero.

— Ya verán si Jesús Visoso sabe cumplir con su palabra.

Ya estaba en autos el buen Arcipreste, así es que la llegada del alegre bando se festejó con música, cohetes, gritos, y disparos de los mozos, y aclamaciones, y parabienes de las muchachas. La casa estaba convertida en un paraíso: los marcos de puertas y ventanas se veían cubiertos de verdura, verdura tapizaba el suelo de las amplias y limpiísimas estancias; y el sol, que solía entrar de rondón hasta lo más hondo de las habitaciones, aquel día necesitaba trámites y esperas para hacer su oficio, pues le impedían el paso lucidos cortinajes de terciopelo y otras telas que se habían puesto por gala y adorno. Antes de mostrarles las trojes, la ordeña, la huerta y el tinacal, don Nicanor hizo ver á los convidados dos cuartitos con sendas camas que destinaba á las sendas parejas.

A las once de la mañana, en la humilde iglesita del pueblo, un cura indígena echó la bendición á los novios. Las francesas estaban lindas hasta suspender el ánimo; los novios, que iban con sus trapitos de cristianar, aparecieron solemnes y satisfechos. Pancho, que por primera vez dejó pasar la navaja por sus carrillos intonsos, lucía un bigote que parecía hecho con cabellitos de jilote recién